

DISCURSO DE CONTESTACION
DEL
Ilmo. Sr. D. MANUEL MUÑOZ CORTES



He escrito estas líneas muy lejos de donde está mi amigo del alma Ginés García Martínez. Escribo lejos de las tierras de huerta y campo, de ásperos serrijones y mar densa, implacablemente azul. Escribo lejos del Campo de Cartagena, que tan bien conocemos por los trabajos del doctor García Martínez. Lejos de la querida ciudad de la que Ginés es el mejor ciudadano de un año, y bueno siempre de todos los demás.

Es curioso el contraste entre los dos amigos y compañeros de muchos trabajos que una vez más están juntos aquí. El, raigal en su tierra, fiel a ella, entregado en su cotidiano vivir; yo, desarraigado de la mía, la extremeña, fiel sin embargo al ímpetu vagabundo y aventurero de sus hombres, fáciles también para arraigar en otros pagos, sobre todo cuando están llenos de hombres generosos como es el caso de estas tierras, de estas ciudades, como Murcia y Cartagena, pero siempre dispuestos para nuevos e inesperados saltos. Hoy nuestras aventuras son culturales; y en mi azacanada vida de buhonero de nuestra lengua, con una rica variedad de experiencias en la ciudad en que vivo oyendo como un humanista del renacimiento, de villa en villa, de aeropuerto en estación, llevando nuestra lengua como mercancía, me hace recordar cualquier ocasión, con nostalgia, los años de comunes trabajos con Ginés García Martínez y envidiar a veces su vida sosegada. Su fidelidad al espíritu local, sus trabajos por los que sabemos más de su tierra de sus enseñanzas de lo que es el verdadero ser en España. Viviendo empresas, como las de don Diego Saavedra en Europa, intentando coordinar y crear una conexión española europea, necesitamos por ello mismo afirmar que la esencia de Europa es su variedad como lo es la de España. Y sólo conociendo profundamente, entrañadamente las comarcas, las tierras, las ciudades, los pueblos, los caseríos, en su presente y su pasado, podremos llegar a síntesis superiores. De ahí la importancia de los estudios llamados locales, de ahí la importancia de nuestras Academias de nuestros Institutos de Investigación local. De ahí también la importancia de empre-



sas personales como las que cita García Martínez en el docto y bello discurso que acabamos de oír: La Colección Almenara, del doctor Calandre, y la obra editorial de nuestro Presidente tan conocida y admirada en el mundo de la erudición y el hispanismo; aun temiendo ofender su modestia diré que en mis últimas andanzas se me encargó en Burdeos, en París, en Bélgica que saludara a don Antonio. Y curiosamente hace unas semanas, en Munich acompañé a una hija del Dr. Calandre y también hablamos de Ginés García Martínez ,elogiando su labor cartagenera.

Ginés García Martínez realizó sus estudios con grandes maestros. Pudo seguir el camino de otros, como la Cátedra, pudo acceder al Consejo de Investigaciones. Sin embargo él prefirió otro camino, su entrega a la Enseñanza Primaria. Su amor al magisterio, su estimación de las virtudes, de los talentos y de la eficacia de nuestros maestros la conocía él bien. Y su acceso a la Inspección de Primera Enseñanza, ese conjunto de hombres de sólida preparación científica, de sentido exacto de la realidad y de delicadas virtudes de comprensión y consejo, no fue una mera salida profesional. Ginés García Martínez es educador y justamente con esta vocación ha armonizado su raigalidad y su vocación filológica. Su contacto diario con las escuelas le ha permitido escribir unos manuales de lengua española y su Didáctica que son reconocidos como ejemplares. Más de un colega de nuestra Asociación Europea de Profesores de Español que ha visto los libros de Ginés en mi despacho de Munich, se ha mostrado sorprendido por la cualidad que tienen de aunar lo científico y lo didáctico.

Pero Ginés García Martínez sabe que la experiencia no es la rutina, sino la observación metódica, organizada que lleva a unas conclusiones teóricas. Por ello Ginés García Martínez que conoce la importancia del contorno lingüístico en el aprendizaje de la lengua materna, inspirado por los maestros de la Universidad madrileña, dedicó varios años a la investigación dialectológica. Tuve la suerte de ser su Director de Tesis, y en cada una de nuestras frecuentes entrevistas que coincidían muchas veces con nuestros trabajos comunes de extensión de la cultura, se trocaban los papeles y era yo el que aprendía de Ginés conceptos y método. De nuevo no era algo mecánicamente profesional, era una pasión ¡aquellas llamadas de Ginés a altas horas de la noche para decirme, emocionado, que había visto un caso de seseo en una lápida o que había encontrado un objeto perdido y que ilustra un vocablo!, o su preocupación porque comprobara la veracidad de algún refrán, como el que afirma que el vinico del Plan es seco, por el grato procedimiento de mandarme



una garrafica... pero así su tesis doctoral fue una obra bien hecha, y fue debidamente elogiada en su lectura por un maestro común cuya bondad no quita un ápice a su exigencia: Rafael Lapesa. Con esta tesis, con su saber lingüístico, con su experiencia didáctica Ginés García Martínez podía haber accedido sin mucho esfuerzo, con toda justicia a una Cátedra de Gramática Histórica; tampoco quiso incorporarse a nuestra Facultad: él, fiel a su tierra cartagenera, a su casa en donde puso como lema el mismo que Lope de Vega pusiera a la suya, aunque abreviado: ... *propia magna*.

Y Ginés siguió en Cartagena. Colaboramos en empresas culturales; de vez en cuando yo me daba mis garbeos europeos, algunos largos, otros de fines de semana como el que me llevó impensadamente a Suecia, pero, para que los maliciosos no piensen mal, a encerrarme en una bella residencia con treinta colegas del Consejo de Europa para tratar de la enseñanza de lenguas. En otro garbeillo, pude visitar con detención los molinos de Holanda e inmediatamente escribí a Ginés y le mandé planos y fotos para que comparara estos artificios con los que me descubriera orillas del Mar Latino.

Esa maravilla de los molinos de vela, que lamentablemente no están declarados aún monumentos nacionales, fue contemplada también por Rafael Lapesa en nuestro viaje por el Campo de Cartagena tan bien guiados por Ginés. Y el estudio del molino de vela, de su tesis, y otros trabajos posteriores deberían hacer pensar en la importancia de ese hecho cultural. Recordemos además que esos molinos de vela son los genuinamente hispánicos: aquellos que el genio de Cervantes convirtiera en mito fueron una importación tecnológica, como se diría ahora, llegada a España en tiempos de Felipe Segundo. Y siguen los modelos tecnológicos del Norte.

Aún podríamos hablar más de los trabajos de Ginés García Martínez. Acabamos de oír su discurso escrito con las mismas cualidades de exigencia y claridad de todos los suyos. Nada tengo que decir de él que no sea lo que todos estamos pensando. Por ello termino felicitándonos del acceso de Ginés a nuestra Academia, con el recuerdo emocionado a quienes no están presentes hoy, don Agustín Virgili, don José Salas, y sobre todo nuestro Luciano de la Calzada, que tan feliz hubiera sido hoy. Sea este recuerdo a nuestro común amigo el final de esta recepción de Ginés García Martínez, que seguirá con nosotros su firme y claro camino de investigador y de educador, en la arraigada fidelidad a esta tierra que es ya mía también.

